

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALGO SOBRE EL FUTURO

“Creating a new civilization”, Alvin y Heidi Toffler.
Turner Publishing, EE.UU., 1995, 112 páginas.

Cuando George Orwell escribió *1984* previó una sociedad gris —tan gris como la isla de Escocia donde escribía— dominada por una administración totalitaria. Fue en 1984 cuando Norbert Wiener acuñó el término *cybernetics* evocando la imagen del hombre animal dominado por la información de un sistema de computación. Pero la imagen cibernética se convirtió en una supernova de caos y anarquía cuando Ridley Scott plasmó en 1982 la película *Blade Runner*, esta visión encontró su mayor expresión en el libro *2019: welcome to L.A.*, que nos muestra una sociedad dividida en una minúscula porción de ciudadanos que disfrutan de los grandes avances de la tecnología separados de una gran mayoría de parias drogadictos excluidos de las ventajas tecnológicas.

Ninguno de estos autores quiso mostrar una utopía. Muy por el contrario, únicamente expresan su visión del futuro al que nos dirigiamos. Este comentario trata sobre un libro que también muestra su propia visión del futuro, una más optimista.

Creating a new civilization —del cual ya existe edición en castellano— es un nuevo libro de Alvin y Heidi Toffler que trata de su tema predilecto: el futuro. Pero esta vez los autores ahondan especialmente en la práctica de la actividad política de la ya famosa tercera ola.

Comenzando con un prefacio de Newt Gingrich —cabeza del bloque republicano en la cámara de representantes de Estados Uni-

dos— el libro trata de explicar la causa más profunda del desconcierto generalizado por el que atraviesa la política y mostrar los fundamentos sobre los que un nuevo sistema debería asentarse.

A consideración de los autores la historia de la civilización se compone de olas de cambio, cada una caracterizada por un modo distinto de producción y diferenciada por el periodo de tiempo que existe desde que se vislumbra como posible hasta que se encuentra completamente instalada en la civilización para perder gradualmente su fuerza y dar paso a una nueva ola. La primera de estas olas fue la revolución agraria que duró más de un milenio de nuestra era; la segunda fue la revolución industrial y duró casi trescientos años. Hoy en día el desconcierto generalizado es provocado por el impacto del frente de la tercer ola, la revolución informática que se enfrenta contra los obstáculos que ciegos defensores del industrialismo levantan constantemente para no perder sus privilegios.

Cada ola produce un nuevo tipo de civilización regida por sus propios principios políticos. Pero como lo dice el título, los autores no dan una imagen acabada de la sociedad del futuro, sino más bien tratan de mostrar el proceso de cambio de una a otra civilización.

Este proceso de cambio conlleva conflictos que parecieran tener otras causas que la real. Así la guerra civil de los Estados Unidos o la revolución meiji en Japón son sólo consecuencias de la irrupción de la segunda ola en la civilización creada por la primera. Así también, el choque de las civilizaciones al que parecemos estar destinados no es causado por distintas cosmovisiones según lo explicara Samuel Huntington, sino por el choque entre distintas formas de producción, que dividen al mundo en países de la tercera ola que venden información e innovación y países de la segunda ola que venden masificación y manufacturas. La caída del comunismo es explicada por el choque frontal entre una sociedad de la segunda ola inflexible a los cambios y el advenimiento de la civilización de la tercer ola.

Alvin y Heidi Toffler profesan la más pura —y a la vez más errónea— visión unicasalista de la historia. La sociedad se moldea según el modo de producción. Pero no es la producción material la que interesa sino el conocimiento tecnológico que la permite.

El modo de producción de la segunda ola produjo la sociedad de masas. La sociedad de la tercer ola produce la sociedad desmasificada en todo aspecto. Desmasificación en la producción de los bienes de consumo, desmasificación en los bienes de consumo intelectual (radio, T.V., libros, teatro, etc.), desmasificación incluso en la manera en que se conforma la familia misma. La familia nuclear se convierte en familia uniparental o de padre vueltos a casar o de parejas sin hijos.

La carrera por el desarrollo será ganada por el país que logre producir estos cambios con el menor perjuicio para sus ciudadanos. A

la vez estos países se vuelven menos dependientes del resto que no ha logrado producir estos cambios. El conocimiento delinea la división entre desarrollo y no desarrollo. Pero la separación total es imposible, temas comunes unen ambos grupos, por ejemplo la cuestión ecológica.

Los autores —como no podía ser de otra manera— prestan especial atención a la forma de producción de la sociedad de la tercera ola, caracterizada por el conocimiento, su posesión, la desmasificación, especialización, innovación, pequeña escala, organización según el proceso de producción, integración de sistemas, infraestructura computarizada y velocidad. Una economía super-simbólica.

Este cambio en el modo de producción trae aparejado la modificación de ciertos conceptos. Mientras en el paradigma anterior de sociedad la fuerza laboral mayoritaria era de bajo conocimiento, en el nuevo paradigma es lo contrario. El desempleo pasará de ser un concepto cuantitativo a uno cualitativo, por tanto, la generación de empleo no dependerá tanto de la inversión de recursos sino más bien de la locación del conocimiento. La tradicional división de la economía en los sectores de agricultura, manufactura y servicios variará a una copartimentación según el trabajo intelectual demandado. El proletariado pasará a ser el cognatariado.

En el plano político, el cambio en el modo de producción generará conflictos entre los poseedores de conocimiento y aquellos que no lo poseen, pero principalmente generará un nuevo espectro ideológico: ideología de bajo conocimiento e ideología de alto conocimiento. Enfrentamientos entre quienes saben y quienes no saben.

En este mismo plano la sociedad de la tercera ola aceptaría la balcanización en la ciudadanía. Consecuencia directa de la desmasificación es la aceptación, dentro de ciertos límites, de intereses contrapuestos y su posible satisfacción a través de la transacción. La democracia semidirecta, otra característica de la sociedad de la tercera ola, es la respuesta más satisfactoria a los nuevos instrumentos tecnológicos a disposición de la mayoría de la ciudadanía. La tercer característica que nos presentan los autores es la descentralización vertical y horizontal en la toma de decisiones, única forma en que es posible el manejo de la creciente cantidad de información de la que se dispone. La última característica del sistema político de las sociedades más avanzadas sería la expansión del grupo de élite causada, a la vez, por la expansión del conocimiento y la mayor información disponible.

Es en la imaginación colectiva y en la prueba y error en pequeñas comunidades donde los autores encuentran el modo que un país gane la carrera del desarrollo.

El libro que nos encontramos comentando resulta de interés a cualquier persona preocupada en lo social. Las modificaciones técnicas, no cabe lugar a dudas, producen cambios en la sociedad, pero es

exagerado basar los cambios integrales sobre un sólo factor. Alvin y Heidi Toffler, como se dijo, presentan una visión unicausalista de la historia, un marxismo de cabeza, tecnológico.

IGNACIO T. GARIBOLDI

LETRAS Y POLÍTICA

“Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista”, David Viñas. Ed. Sudamericana, Bs.As., 1995.

No es casual que la mayor parte de los ensayos que integran esta obra fueran publicados por primera vez en 1964. Su autor formó parte de una generación de intelectuales que, sacudidos por los acontecimientos políticos posteriores a la caída del peronismo y por el proceso de modernización, se apartaron de la élite liberal con la que habían compartido la oposición al régimen peronista, para lanzar una ofensiva cultural contra los cánones vigentes desde un marxismo matizado con influencias sartreanas y gramscianas articulado con la reflexión nacionalista.

Desde esta perspectiva reinterpretaron el peronismo articulando un revisionismo histórico de nuevo cuño que impugnaba la interpretación liberal del pasado al igual que el nacionalismo de derecha pero con un agregado restrictivo: sólo integraban la nación las clases no vinculadas al imperialismo. A la vez, redefinieron la función política del intelectual en la elaboración de una cultura nacional y popular: si la literatura es la historia de un proyecto nacional es el escritor el que debe generar una identidad histórica y una conciencia nacional.

¿Cumplieron los escritores liberales esa misión? Este es el interrogante que el autor intenta responder analizando las obras de los intelectuales en el período que va de 1837 al Centenario.

La obra se divide en tres partes: Constantes con variaciones; Liberalismo: negatividad y programa y Apogeo de la oligarquía.

La primera parte analiza las variaciones que a lo largo del período sufrieron dos constantes: la idea de Europa y las relaciones de dominación de clase.

La generación del '37 da origen a una literatura con perfiles propios que opone al horror por la barbarie originaria el proyecto romántico de una sociedad y un estado. Es una generación que busca independizarse culturalmente de las tradiciones peninsulares y coloniales acentuando escenografías y lenguaje propios que en esa búsqueda

da acentúa la contradicción entre su americanismo literario y su europeísmo político.

Viñas inicia un itinerario que pretende descubrir las distintas imágenes de Europa que se forjaron los intelectuales a través de su experiencia de viajeros, itinerario que comienza con el viaje colonial de Belgrano. Situado ante lo europeo y lo español en una relación de súbdito a corte, Belgrano esconde cautelosamente la confrontación, la crítica y la posterior rebelión.

Es un viaje utilitario que se prolonga e intensifica en Alberdi. La relación es ahora de estudioso y espectador. Se trata de adquirir la perspectiva europea en lo institucional pero al mismo tiempo en lo estético. Sarmiento en cambio realiza el viaje balzaciano donde lo utilitario y lo estético se organizan en vertientes separadas. "Educación popular" y "Viajes" reflejan la experiencia del burgués progresista reconocido por su pares europeos.

Con la generación del '80 el viaje cambia de tono. Es un viaje de culminación y privilegio institucionalizado finalmente en el viaje ceremonial, rito de consagración del argentino que mira su país con ojos europeos. Finalmente, la decepción ante una Europa en crisis provoca la revalorización de las raíces hispánicas y el regreso a la pampa como esencia y pureza. Con Larreta, Guiraldes, Gálvez y Rojas se cierra el ciclo.

La izquierda por su parte realiza un viaje inverso que produce en América ideologías y partidos orientados a modificar la estructura social. Sin embargo la interpretación liberal contamina con su prestigio los primitivos intentos de cambio que quedan reducidos a mera crítica de costumbres. La izquierda se esteriliza y participa del "mito europeo" olvidando la consecución del "mito revolucionario".

La segunda constante refiere a las relaciones de dominación de clase a partir de la relación amo-esclavo. A través de las obras de Lucio V. López, Guiraldes, Gálvez, Lugones y Mallea se van dibujando los sucesivos eslabones de una secuencia que va marcando la evolución de esa relación al ritmo de los cambios sociales. El criado evoluciona en peón, gaucho sumiso, capataz y hombre de confianza de una oligarquía que intenta mantener su posición de privilegio.

La segunda parte de la obra analiza el programa del liberalismo vinculándolo al eje río-ciudad-puerto, desde una perspectiva en la que Bs.As. abierta al mercado de bienes económicos y culturales se constituye en símbolo geográfico de la entrega al extranjero. La relación interior amo-esclavo se traslada a las relaciones internacionales. Argentina se inserta en el esquema de división internacional del trabajo en una relación de dependencia respecto de la potencia imperial del momento.

La navegación por los meandros, lecho, afluentes y embocadura

del río-puerto va mostrando la evolución de la ciudad desde la "gran aldea" de López a la urbe porteña sacudida de espasmos de Cambaceres que culmina en la ciudad ávida y mercantil de Martel. Evolución que en lo político va dibujando antinomias: provincianismo-porteñismo; romanticismo-positivismo; Mitre-Roca; conflicto-acuerdo.

Con el acuerdo y la conciliación el país se aquieta y la oligarquía liberal alcanza su apogeo.

A partir de ese momento comienza la "*petit histoire*" del "*caseur*". Mansilla y las confidencias entre amigos, el hedonismo, el club como recinto exclusivo y homogéneo, el aburrimiento.

La oligarquía se cierra ante el avance de la inmigración que va fraccionando la ciudad en barrios y suburbios. El inmigrante se convierte en una amenaza identificada con el mal. Cambaceres y Martel dan cuenta en sus obras del malestar que genera ese avance que posterga a los "auténticos argentinos" en tanto Ramos Mejía e Ingenieros encuentran desde su saber científico sobre la social la manera de ordenar y encauzar esas inquietantes masas urbanas. El liberalismo se hace reformista.

Pero la avalancha inmigratoria genera otras inquietudes en los intelectuales de izquierda y surge una literatura anarquista especializada en espacios urbanos a la vez locales y universales que permiten contraponer, como lo hace Alberto Ghirardo a Ushuaia en el extremo austral del país, el París de los magnos decorados y las frívolas riquezas. Discípulo de Almafuerte Ghirardo pone en movimiento el esquema de la doble-ciudad. Hay dos Buenos Aires: la de los burgueses satisfechos del centro y la de los proletarios resentidos del suburbio. Es el mundo de la marginalidad en las ideas y en los hechos, mundo vinculado al oscuro escenario de las cárceles en las que recalcan hermanados el delincuente y el libertario.

Buenos Aires se convierte en mercado de ideologías. La bohemia se va convirtiendo en extremismo, se hace bohemia revolucionaria que cuestiona los cánones liberales y se resuelve por la negatividad en anticultura.

El consenso liberal fundado en el dogma del progreso indefinido estaba en crisis. El liberalismo ya no sería considerado como un escalón dentro del progreso argentino sino como etapa de la dependencia nacional. Luego la eclosión nacionalista de fines del 20, en sus dos vertientes, elitista e integradora fracasó en sus intentos de dar respuestas adecuadas.

Los intelectuales nacionalistas de la década del 60, volvieron a intentarlo colocándose en el plano de la cultura con el objetivo explícito de destruir la imagen forjada por las fuerzas políticas que modelaron un aparato cultural responsable de obstaculizar el surgimiento de la conciencia nacional.

Esa fue la función política que se autoasignaron desde su convencimiento de que el acceso a la cultura sólo tiene justificación cuando el conocimiento de unos pocos es compartido por las masas y contribuye a enriquecer su conocimiento de la realidad para transformarlo en acción revolucionaria.

ELENA PIÑEIRO

EN BUSCA DEL PARADIGMA PERDIDO

“Controversies in International Relation Theory. Realism and The neoliberal challenge”, Ch. W. Kegley (compilador).
St. Martin’s Press, New York, 1995, 370 páginas.

Desde su nacimiento como disciplina autónoma —a poco de finalizada la Segunda Guerra Mundial— las relaciones internacionales tienen el raro privilegio de transitar por el camino científico, sin solución de continuidad, inmersas en debates sobre el instrumento teórico indicado para conceptualizar la realidad.

La construcción del andamiaje intelectual —a cargo de los ámbitos académicos de los EE.UU.— se realiza a caballo del paradigma realista, el cual encontró entre 1939 y 1989 un confortable hogar donde la lucha por el poder, el apetito por la expansión imperial, la lucha por la hegemonía y la obsesión por la seguridad nacional eran fuertes evidencias en el mundo que sufría la guerra fría.

Empero, de lo dicho no debe concluirse que el mentado paradigma no compartió ni comparte la ruta con otros. Antes bien, desde el surgimiento del idealismo wilsoniano de entre guerras las controversias científicas fueron una constante en el ámbito de los estudios internacionales. Con la Segunda Guerra Mundial de fondo, E. H. Carr (1939) expide el parte de defunción del idealismo. Superado el primer debate, surge en los ‘30 y los ‘60 la querrela entre tradicionalistas y científicistas, pluralistas y estructuralistas. Ya en el epílogo de la década del ‘80, la caída del muro de Berlín, acontecimiento comentado y estudiado hasta el hartazgo, reconceptualiza en buena medida el debate teórico en las relaciones internacionales. La nueva controversia que se perfilaba hacia mediados de los ‘80 y que se hace ostensible en los ‘90 —al punto de dividir la biblioteca que versa sobre la materia— se configura bajo la égida de dos formulaciones teóricas enfrentadas: el neorrealismo y el neoliberalismo.

En este contexto se inserta el libro que tiene como compilador a Charles Kegley. Este completo trabajo pretende recoger la idea de

Robert Keohane (*Neoliberalism and its critics*, 1986) y de David Baldwin (*Neorealism and Neoliberalism. The contemporary debate*, 1993), al recolectar los principales trabajos que sobre el tema escribieron aquellos que ostentan la paternidad de cada escuela. Tal es el caso de Robert Keohane, Robert Axelrod o Kenneth Waltz, como también los principales exponentes de las mismas: Joseph Grieco, Michael Doyle, etc. De tal manera, logra vertebrar un producto de calidad intelectual comprobada como lo demuestra, por ejemplo, el temario que presenta constituido por tópicos que abarcan desde la función del derecho y la moral en las relaciones internacionales hasta el comercio y la venta de armas como factores positivos / negativos para la paz internacional, sin olvidar los procesos de integración, la reconceptualización de los organismos internacionales, el tan mentado "New World Order" y, sobre todo, el debate teórico sobre los paradigmas en cuestión. Bien vale aclarar que cada uno de los temas son tratados por ambas escuelas, permitiendo así la confrontación de visiones que —valga el juego de palabras— permiten aclararnos nuestra propia visión sobre el asunto.

Como apunta Kegley, a diferencia del debate producido en el período de entre guerras, la controversia coetánea se estructura en torno a dos grupos que buscan interpretar y describir el mundo real, antes que enfrentar el ser al deber ser, es decir, el juicio fáctico al juicio de valor. Así es como en los últimos años la escuela liberal acomete contra el paradigma realista por considerarlo —y acá viene la paradoja— incapaz de seguir como instrumento de interpretación de la realidad. Con esto se quiere decir que hay un sinnúmero de hechos que quedan marginados en su explicación del mundo. Sus falencias estriban fundamentalmente - siempre siguiendo la descripción de Kegley- en estos dos puntos: a) se torna pobre para explicar la naturaleza y estructura del poder, puesto que no anticipó el derrumbe soviético, el corte en la carrera armamentista, la revolución democrática que ampara al mundo, el surgimiento global de la cooperación internacional y la integración regional; b) adolece de una debilidad manifiesta al momento de prescribir políticas (Policy), pues solo puede predecir consecuencias. Keohane se anota sosteniendo que la crítica reinterpreta los principios de soberanía nacional, trae a consideración la interdependencia económica y medio ambiental, como también las funciones gubernamentales, el poder de la información y los regímenes internacionales, entre otros tópicos.

De la visión liberal prístina surgen distintas vertientes analizadas en el capítulo V por Mark Zagher y Richard Matthehw. Así tenemos: a) el liberalismo republicano de raíces kantianas sosteniendo la tesis que la democracia promueve la paz y cooperación internacional al constituir una zona de ley; b) la interdependencia liberal que incluye

la versión del liberalismo comercial como expediente coadyudante de la paz entre naciones desde el momento en que considera al "*free trade*" como productor de interdependencias y cooperación, ambos litigantes de la autonomía estatal. La otra cara es el liberalismo militar que surge en la última década sosteniendo que la reducción de la amenaza militar favorece a la cooperación la cual, a la postre, justifica la reducción de dicha amenaza; c) el liberalismo cognoscitivo que trae a comento la importancia de la educación, la razón y el conocimiento en las relaciones internacionales, sobre todo a partir del vínculo entre educación y democracia; d) el liberalismo sociológico, que pone en primer plano el impacto de los aspectos no gubernamentales de la sociedad internacional, tanto en el aspecto de la revolución comunicacional como en el de las organizaciones transnacionales; e) el liberalismo institucional que aparece con distintos ropajes, (el de los funcionalistas en los '40 y '50, el de los neofuncionalistas en los '50 y '60, y el de los pluralistas o interdependencia compleja en los '70).

Esta última formulación del liberalismo institucionalista basaba su esquema intelectual en la percepción de las instituciones internacionales como expedientes estimulantes de la cooperación estatal. No obstante la fuerza que en su momento llegó a tener esta escuela, los hechos la obligaron a reciclarse dando lugar al institucionalismo neoliberal, el cual —como veremos más adelante— asume ciertos supuestos realistas a partir de los cuales construirá su plexo de ideas.

En tanto el paradigma liberal comporta un considerable número de ramificaciones, su par realista sólo presenta una reformulación llevada a cabo por Kenneth Waltz en las postrimerías de los años '70 y que lleva el nombre de neoliberalismo o realismo estructural. Es él mismo quien explica en el capítulo III las diferencias entre el pensamiento realista y la teoría neorrealista. En líneas generales —siguiendo al autor— se podría decir que el realismo reivindica elementos para una teoría, pero nunca una teoría en sí misma, puesto que tiene ausente el concepto de estructura que Waltz toma prestado de la economía. Es, por tanto, el sistema internacional definido en términos de estructura y unidades interactuantes lo que representa el quiebre con el viejo realismo.

Definidos así los contendientes, en el capítulo VI se apuntan las cuestiones disputadas a partir de las cuales se toman posiciones. Estas son:

- la naturaleza y las consecuencias de la anarquía: nadie niega el carácter anárquico del sistema internacional, pero mientras los neoliberales sostienen que esta característica no impide la constitución de regímenes internacionales que reducen la anarquía, los neorealistas enfatizan —sin temor a duda— la necesidad de supervi-

vencia congénita a todo estado, tarea que debe realizar cada estado por sí mismo, so pena de ser sancionado por el sistema;

- cooperación internacional: es aceptada por ambos, pero difieren en la naturaleza y la confianza que se tienen de la misma. El neorealismo la hace depender más del poder estatal que de los regímenes internacionales. Lo contrario es sostenido por los neoliberales;

- prioridad en las metas estatales: el neoliberalismo prioriza el bienestar económico. Los neorealistas lo hacen con la seguridad nacional;

- intenciones *versus* capacidades: los neorealistas utilizan como indicador para analizar el comportamiento exterior de un país a las capacidades (poder) que permiten mantener la seguridad e independencia. El neoliberalismo utiliza las intenciones y percepciones a la hora del análisis, significando que —a la hora de la distribución de ganancias— es menester considerar las posibles intenciones ulteriores de un estado para saber si esas ganancias pueden ser utilizadas en contra de otro;

- instituciones y regímenes: la diferencia estriba en la influencia —es efectiva y no apariencial— que cada escuela posee de dichas instituciones.

Ya en el epílogo, bien vale traer a comento a dos importantes representantes de cada escuela, como son Robert Keohane y Joseph Grieco. El primero, más conocido por sus anteriores trabajos, se ocupa en el capítulo VI de presentar un institucionalismo neoliberal elaborado desde elementos tanto liberales como realistas. Vale decir, a partir de los supuestos realistas —que el estado es el principal actor en las relaciones internacionales y que persigue sus propios intereses dentro de una estructura de poder internacional— Keohane pretende articular el paradigma neoliberal que pone a las instituciones internacionales como factores que inducen a los “egoístas” a cooperar sobre la base de intereses comunes, orientados principalmente al bienestar económico. La razón de existir de estas organizaciones viene dada por uno de los elementos que integran la dicotomía estado - sociedad. Esta última —al transnacionalizarse— comienza a generar en el sistema político demandas transnacionalizadas, obligando de tal manera a los Estados a satisfacerlas mediante la acción conjunta con otros Estados. Se crean así los regímenes y las organizaciones internacionales.

Por su parte, Grieco arguye que - a diferencia de Keohane- el neorealismo es incompatible con el neoliberalismo desde el momento en que para analizar la viabilidad de la cooperación deben tenerse en cuenta las ganancias relativas, es decir, deben observarse las ganancias no de un sólo estado sino de los que participan en la cooperación, pues en la medida en que la ganancia del otro sea superior

a la mía se produce una disminución de mis capacidades. Por lo tanto, la preocupación recae en que el otro no aumente sus capacidades. Esto sin duda, dificulta toda cooperación.

En líneas generales, así se conforma el presente libro que sino permite un análisis bastante acabado del tema contribuye al menos satisfactoriamente a ello, situando al lector de una manera por demás privilegiada en el debate contemporáneo.

DIEGO GORGAL

LA FILOSOFÍA POLÍTICA A LA LUZ DE LEO STRAUSS

“Historia de la filosofía política”, Leo Strauss y Joseph Copley,
compiladores. Ed. Fondo de Cultura Económica,
México, 1993, 905 páginas.

Aunque se trate de la primera edición en castellano, no es estrictamente una obra nueva. El original fue publicado en inglés en 1963 bajo la conducción del brillante y mundialmente reconocido especialista alemán —exiliado en U.S.A.— Leo Strauss, fallecido en 1973, después de una larga carrera docente y la publicación de más de una docena de importantes textos de historia de la filosofía política, surgidos de la crisis de Occidente —y el problema judío— que conmovió a su generación. El investigador buscó las respuestas a sus propias dudas buceando en la historia del pensamiento, y creyó encontrar al culpable en un historicismo relativista dominador que destruía la democracia liberal.

Contaminado por la mentalidad historicista que criticaba, Strauss buscó respuestas en el pasado remoto —ver dónde la humanidad había equivocado el rumbo— llegando hasta los grandes pensadores de la Antigüedad helénica, y una vez ubicados históricamente replanteaba la filosofía política de los mismos. En este aspecto sus trabajos son un importante —y original— aporte revisionista ante el avance —casi dogmático— de la “filosofía política” progresista. Sobre estas premisas ha sido redactado este libro por sus discípulos.

De todos modos, esta edición ha sido totalmente reelaborada, ampliada y corregida, incorporando autores contemporáneos como Husserl o Heidegger (maestros del compilador), como también —a modo de epílogo— un artículo sobre la filosofía política del propio Strauss, que subyace en casi toda la obra.

El primer aspecto que llevó a Strauss a encarar este trabajo colectivo nos coloca en un interrogante que nos sigue preocupando: ¿permanecen vigentes en nuestra sociedad las pregun-

tas planteadas por los filósofos políticos del pasado? ¿Han recibido ya todas las respuestas? Es evidente que los autores —al igual que nosotros— parten del convencimiento que no está todo dicho.

Pero la respuesta a este interrogante abarca más de novecientas densas páginas; digamos, a manera de síntesis, que incluyen artículos referidos a 38 autores distintos —la mayoría ex-alumnos del mismo Strauss—, que cubren casi totalmente el espectro del pensamiento político de todas las épocas. A simple modo de ejemplo citemos a autores indiscutidos como Platón, Aristóteles, Cicerón, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Maquiavelo, Lutero, Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Burke, Bentham, Hegel, Tocqueville, Stuart Mill y Marx. Pero también encontramos estudios sobre un pensador árabe como Alfarabi —aunque no Avicena o Averroes— o un judío como Maimónides.

Asimismo merece destacarse la indiscutible inclinación filosófica del coordinador cuando incorpora autores —a veces discutibles en un trabajo de esta índole— como Descartes, Nietzsche o los citados Husserl y Heidegger. En este aspecto la parte contemporánea parece la más débil e incompleta, observándose la exclusión total del pensamiento tradicionalista decimonónico, de los socialistas o de los “Fascistas” del siglo XX, como también de Lenin (más allá de que se pueda discutir la seriedad “filosófica” de sus escritos). La fecha de confección del texto, a su vez, explicaría la ausencia de la escuela de Frankfurt o de Foucault, por citar los más renombrados.

Obviamente tampoco son de la misma amplitud ni profundidad todas las colaboraciones.

Si nos referimos a aspectos más particulares señalemos la importancia del estudio del propio Strauss sobre Platón; también se deben a su pluma Marsilio de Padua y Maquiavelo o las colaboraciones —más filosóficas— de Pierre Hassner sobre Kant y sobre Hegel. Forrester se ha hecho cargo de Lutero, Calvino y Richard Hooker —cuya inclusión merece destacarse por su utilidad—, mientras que sorprende el estudio sobre Rousseau debido a la pluma nada menos que del renombrado Allan Bloom.

Queda por señalar, como se advierte en el prólogo a la primera edición, que el lector de “una obra escrita en colaboración queda compensado en cierta medida de la falta de uniformidad por la variedad de puntos de vista, talentos y antecedentes” que aportan tantos autores diferentes.

A su vez resulta de interés observar que al final de cada capítulo se incluye una sugerencia selectiva para el abordaje de la lectura de las obras o fuentes de cada autor que se analiza.

En síntesis, una obra importante para completar nuestros conocimientos sobre el pensamiento político occidental y replantear, una

vez más, esos interrogantes o nuevas preguntas, que no tienen respuesta definitiva.

FLORENCIO HUBEÑÁK

UN HOMBRE EN LA ARENA INTERNACIONAL

"Kissinger. A Biography", Walter Isaacson.
Simon & Schuster, EE.UU., 1992, 893 páginas.

"Como profesor, me incliné a pensar en la Historia como guiada por fuerzas impersonales. Pero cuando lo ves en la práctica, es notable la diferencia que hace la personalidad". Así comienza la intruducción a esta detallada e interesante biografía aún no editada en castellano, cuya lectura es recomendable.

El texto es aún más atrapante si pensamos que si bien Henry Kissinger es el personaje central, el autor no deja de hacer las descripciones minuciosas de hechos y personajes relacionados con él y su desempeño como funcionario de Estado (entre las personas encontramos nada más y nada menos que al propio Nixon, con facetas de su carrera y vida privada increíbles). Por otro lado debemos decir que el trabajo incluye más de un centenar de entrevistas, fotos ilustrativas y citas a lo largo de todo el texto que según demuestra el autor provienen del mismísimo Kissinger. Para éste, el poder se basaba en dos elementos modernos: la Xerox y los Protectores de Memos. Por otra parte, rara vez dejaba asentado en los carriles diplomáticos normales el desarrollo de sus actividades y reuniones secretas (razón por la cual sus seguidores le critican el no haber dejado una "escuela" para continuarlo de alguna manera). Debemos recordar que ya en el primer año de Kissinger en la Casa Blanca todos los memos que debían transmitirse tenían un doble juego.

A lo largo del libro se percibe más que claramente la "idea de conspiración permanente" que sentía este personaje en contra suyo. Siempre se encontraba en estado de alerta para evitar cualquier trampa. Es así cómo llegó a manejar *los temas de seguridad nacional A SOLAS con Richard Nixon*.

En su escalada dentro de la Casa Blanca no dudó en apartar a quienes no le convenían, ya sea por su poder como por sus ideas e inteligencia.

Desde su huída de Alemania hasta el ascenso al *jet set* de la sociedad norteamericana, Isaacson no le pierde el rastro al brillante diplomático. Las relaciones de Estados Unidos con la Unión Soviética

y China, el Watergate, los bombardeos secretos y hasta las borracheras compartidas con Nixon en Camp David se pueden “ver” con sólo leer este excelente trabajo.

Finalmente, podemos decir que el que fuera la personalidad más admirada en 1973 (según Gallop Poll) es captado de manera original y definitiva. El autor no se muestra complaciente en ningún momento, y no por mostrar las virtudes de este genio político deja de asombrarnos con detalles de su vida privada.

Finalmente hay que reconocer las entrevistas de Isaacson con el propio Kissinger, y sus más de ciento cincuenta fuentes —incluyendo ex-presidentes y clientes de negocios—, relacionados con los Estados Unidos. El resultado es una narrativa que intima con el personaje central, llena de sorprendentes revelaciones, que toma al hombre de Estado más destacado de la centuria desde su infancia como un perseguido judío en la Alemania nazi, a través de su tortuosa relación con Richard Nixon, hasta sus últimos años como consultor internacional.

LUCIANO LUCENTINI.

UN SIGLO QUE FINALIZA

“Historia contemporánea del siglo XX”, Eric Hobsbawm.
Ed. Crítica, Barcelona, 1991, 671 págs.

Eric Hobsbawm escribe acerca de la historia del siglo XX desde su propia contemporaneidad. Tal como lo confiesa en el prefacio de la obra, su vida coincide con la mayor parte de la época que en ella analiza. Pero además confiesa que “ha tenido conciencia de los asuntos públicos”, y ha acumulado puntos de vista y prejuicios.

Por eso, más que como historiador profesional o erudito, se acerca a este período como testigo presencial, basándose en sus lecturas, en el conocimiento empírico acumulado y en los recuerdos y opiniones que ha cosechado como observador y viajero atento.

Desde su perspectiva, la tarea del historiador adquiere en nuestros días mayor trascendencia porque uno de los fenómenos más característicos de las postrimerías del siglo XX es la destrucción de los vínculos que conectan al hombre contemporáneo con las generaciones anteriores, cuya consecuencia es la ruptura de toda relación orgánica con el pasado.

No se propone narrar acontecimientos sino comprender y expli-

car por qué los acontecimientos ocurrieron de determinada manera y cuáles son los nexos que los vinculan.

Uno de los problemas de la historiografía del siglo XX es establecer cuál es el período al que podemos denominar contemporáneo.

Geoffrey Barraclough, autor de una interesante *Introducción a la historia contemporánea* considera que este período comienza en 1960, y que el lapso que se extiende entre 1890 y 1960 constituye una etapa de transición entre modernidad y contemporaneidad. Hobsbawm, en cambio, considera que lo contemporáneo abarca lo que él denomina “el siglo XX corto”, que comienza en 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial y concluye en 1991 con el colapso de la U.R.S.S., y esta selección personal se funda en la convicción ideológica de que el mundo que se desintegró en 1991 era el que había nacido bajo el impacto de la Revolución Rusa de 1917.

La obra está estructurada como un tríptico: “*La era de las catástrofes*”; “*La Edad de Oro*” y “*El Derrumbamiento*”. Prima facie y considerando la posición ideológica del autor el lector puede deducir que el tríptico está organizado en función de la importancia que le asigna al modelo comunista.

Esta hipótesis se confirma en la primera parte del tríptico. La Primera Guerra Mundial marcó el derrumbe de la civilización occidental, capitalista, liberal y burguesa del siglo XIX, una civilización eurocéntrica cuyos principales Estados constituían el sistema de la política mundial. Entre 1914 y 1945, esa sociedad sufre una serie de catástrofes que quebrantan sus cimientos. Caen los imperios coloniales, una profunda crisis económica mundial sacude los cimientos de las economías capitalistas, y desaparecen las instituciones de la democracia liberal avasalladas por los fascismos.

En esa situación llega al poder un sistema alternativo, que llega a abarcar a más de un tercio de la población planetaria. Y es ese poder, el comunismo, el que paradójicamente permite —por medio de una alianza insólita y temporal con el capitalismo— salvar a la democracia.

Hobsbawm considera que ese período de alianza es el momento decisivo en la historia del siglo XX, resultado perdurable de la Revolución de Octubre que irónicamente salva al capitalismo, su enemigo acérrimo, proporcionándole el incentivo para reformarse y los procedimientos para lograrlo exitosamente.

A la vez constata que el surgimiento de este nuevo poder mundial sólo pudo darse a partir de la debilidad del oponente y el hundimiento de la sociedad burguesa de nuestro siglo. Enfoque dialéctico que trata de explicar el proceso histórico en función de momentos de tesis, antítesis y síntesis.

En la segunda parte, en cambio, el autor no encuentra respuesta para explicar cómo y por qué, tras la Segunda Guerra, el capitalismo

inició la edad de oro que se extendió hasta 1973. Lo único que puede evaluar con certeza es "la escala y el impacto extraordinarios" de la transformación económica, social y cultural, y los cambios profundos e irreversibles que produjo en todo el planeta.

Ante estos cambios sostiene que el enfrentamiento entre socialismo y capitalismo queda relegado a un lugar comparable a las guerras de religión de los siglos XVI y XVII.

A los logros espectaculares del capitalismo sólo puede oponer como repercusión más importante y duradera de la Revolución Bolchevique el haber acelerado la modernización de los países agrarios atrasados.

Finalmente, a la edad de oro sucede un nuevo período de crisis universal que afectó a diferentes partes del mundo en distintas formas y grados, pero de modo global.

La edad de oro creó una economía mundial integrada cuyo funcionamiento trascendía las fronteras estatales y las ideologías. Comenzaron nuevamente las dificultades y la búsqueda de soluciones radicales. Entre 1980 y 1990, mientras el sistema capitalista comenzaba a tambalearse abrumado por el desempleo masivo, las depresiones cíclicas y el enfrentamiento entre los marginados y las clases acomodadas, los países socialistas con economías débiles y vulnerables hubieron de romper radicalmente con el pasado y se desintegraron.

El fracaso del sistema comunista marcó el fin del siglo XX y el inicio de una época de incertidumbre y oscuridad característica con una crisis no sólo económica y política sino también moral y social.

El "siglo XX corto", pese a su edad de oro, ha estado marcado por la destrucción y la brutalidad, condiciones que han retrotraído al hombre actual a niveles de barbarie.

La visión del autor se ensombrece ante el fracaso de sus expectativas. El siglo finaliza con un desorden global y sin mecanismos adecuados para ponerle fin o controlarlo.

Sólo le queda esbozar algunos de los problemas actuales y señalar algunas condiciones para solucionarlo. Señala como problemas centrales al demográfico y al ecológico. No considera en cambio tan graves los problemas de la economía mundial, que seguirá creciendo aún cuando continúe ensanchándose la brecha entre los países ricos y pobres del orbe.

Afirma que la tarea principal de la época no es la de "recrearse contemplando el cadáver del comunismo soviético" sino la de considerar los defectos intrínsecos del capitalismo.

Tampoco cree que el hundimiento del sistema soviético haya ratificado el triunfo permanente de la democracia liberal. La situación política de los Estados es la inestabilidad aún cuando continúen declarando su profundo compromiso con la democracia. Señala el

debilitamiento del Estado-Nación y sostiene que la distribución social —y no el crecimiento— es lo que dominará las políticas del nuevo milenio.

En cuanto al futuro de la democracia parlamentaria liberal cree que no ofrece perspectivas alentadoras. Mas bien considera probable el afianzamiento del modelo político de la democracia plebiscitaria.

Hay suficientes razones para no alentar grandes esperanzas sobre el futuro, pero sostiene que se debe confiar en las fuerzas históricas que siguen actuando más allá de nuestra ignorancia.

Lo cierto es que el mundo atraviesa un momento de crisis histórica y, si quieren tener un futuro, los hombres deberán romper tanto con su pasado como con el presente. Se impone pues, un cambio total.

Escrito con absoluta franqueza, tratando de entender los errores del comunismo y denunciando a la vez los defectos del sistema capitalista, el libro constituye un interesante análisis no sólo de los acontecimientos políticos y económicos sino también de los avances culturales y tecnológicos de los que nuestro siglo ha sido sujeto y protagonista. Al mismo tiempo propone interrogantes vitales para el futuro de la humanidad.

ELENA PIÑEIRO DE SALAVERRI

VIDA DE UN ESTADISTA

"Lincoln. An Illustrated Biography",
P. B. Jr., P. B. III y P. W. Kunhardt.
Alfred Knopf, EE.UU., 1993, 415 páginas.

La figura central en la Experiencia Americana, Abraham Lincoln, es también la más alusiva. Generaciones de historiadores han intentado recapturar al hombre, pero ninguno ha triunfado. Poetas y novelistas han querido describirlo sólo para encontrar, como dijo Walt Whitman, que su rostro era *"casi imposible de digerir, como un perfume salvaje o una fruta agria"*.

Afortunadamente estamos ante un texto con más de doscientos daguerrotipos, que nos muestran —sin dejar escapar detalle alguno— todo el esplendor de Abraham Lincoln. A lo largo de cuatro generaciones de experiencia, los Kunhardt le han dado al libro reflejos del amor y conocimiento que tienen de la impresionante figura norteamericana.

Este libro no es simplemente "otro libro de fotografías", sino que

incluye las colecciones más importantes de los Estados Unidos, certificadas por expertos en la materia. Por tanto, como, probablemente ya ha descubierto el lector, el punto central y más atrapante del texto son sus ilustraciones.

Lincoln, sus familiares, colegas, adversarios, amigos y predecesores políticos están brillantemente estampados a lo largo de las cuatrocientas quince páginas del trabajo.

Podemos encontrar también fotos de su caballo predilecto ("Old Bob") —quien parece encantado de posar para la cámara— y de su perro "Dido".

Por otro lado, los recopiladores han recreado el clima que se vivía en Washington para esa época, incluyendo obviamente toda la dramática experiencia de la Guerra Civil, pudiendo observarse hasta qué punto estuvieron comprometidas las mujeres en dicha contienda.

Todos los retratos individuales resultan fascinantes, siendo algunos de ellos memorables. Estas páginas nos cuentan cómo la Guerra Civil afectó a los afroamericanos. Ninguna palabra puede decir tanto acerca de la esclavitud como lo hace la fotografía de Gordon, que muestra a un esclavo con la espalda tan marcada por los latigazos que parece un mapa relieve. Seguramente también ha de interesar la gente común con la trató Abraham Lincoln.

Su infancia, sus primeros pasos en la abogacía y en la política, sus amores, sus campañas, sus derrotas y victorias electorales, sus anécdotas. Absolutamente todo está ilustrado y narrado en esta imperdible obra de colección, que para David Donal —de la Universidad de Harvard— "es la mejor biografía fotográfica jamás publicada, inigualable en autenticidad, comprensión y claridad de reproducción. Esto es lo más cerca que estaremos de ver a Abraham Lincoln como fue en la realidad".

LUCIANO LUCENTINI

UNA CRÓNICA DE LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA

"La Revolución del '55", Isidoro Ruiz Moreno,
Ed. Emecé, Buenos Aires, 1995.

Volumen 1: Dictadura y conspiración (459 páginas)

Volumen 2: Cómo cayó Perón (443 páginas)

La editorial Emecé publicó recientemente en dos volúmenes el importante y erudito trabajo de investigación efectuado por el académico Isidoro Ruiz Moreno sobre la llamada "Revolución

Libertadora”, realizando de este modo un importante aporte a la historia contemporánea de nuestro país. Su importancia se acentúa si recordamos que, lamentablemente, esta temática se encontraba casi totalmente en manos de historiadores extranjeros desconocedores de nuestra realidad nacional, y que tenían —y tienen— acceso a material inédito —como las memorias de los protagonistas— que generalmente no están a disposición de los investigadores locales.

En este caso, debemos reconocer que el autor ha podido trabajar con información documental (además de las entrevistas) de muchas personas que han protagonizado los hechos, circunstancia que acentúa la seriedad del estudio. Quizás sea oportuno insistir aquí, una vez más, sobre la gravedad de la omisión de entrevistas (y posterior archivo de grabaciones) a protagonistas de acontecimientos más recientes, cuyos actores han fallecido en los últimos años. Bastaría recordar nombres como los de Frondizi u Onganía, a la vez que rescatar la importancia “histórica” de aquellas o tener en cuenta el cuidado por la documentación de Lanusse, según se observa en sus varias memorias y en su archivo, que así pudo ser la base que parece haber condicionado el enfoque de los dos últimos tomos de la historia militar de Robert Potash, según lo sugiere él mismo en el prólogo.

Ruiz Moreno —cuidados en este aspecto como surge del apéndice bibliográfico de esta obra— efectúa una prolija y detallada crónica de los acontecimientos revolucionarios de junio y septiembre de 1955 (ausencia que Luna y Potash destacan), basándose en una buena cantidad de material editado, en fuentes inéditas y entrevistas personales (importancia acentuada dado el carácter secreto de las conspiraciones), tratando inclusive de dar respuesta a algunos interrogantes históricos no resueltos, que denomina “circunstancias inéditas”. Lamentablemente la intención no siempre queda lograda.

Entre sus aportes cabe destacar los nombres —ya en 1951— del entonces teniente coronel Aramburu y de sus futuros colaboradores en el gobierno como Lorio, Labayru, Leguizamón, Martínez y Bonnacarrère, como los primeros conspiradores contra Perón, en desmedro del general Menéndez.

A su vez acentúa la importancia de los conspiradores navales como Manrique, Molinari, Rawson, Rivolta, Bassi, Noriega o Recaredo Vásquez. Para aquellos que vivimos la época desde el llano —y sin un anti-peronismo visceral— cabe subrayar el “espíritu de la Marina” que define el autor en estos términos: “no era un problema ideológico, era una rebeldía de base moral. La marina es una institución de muy sana ética; todo el esfuerzo conducía a que tuviera en la revolución el mejor rol posible, haciendo valer militarmente su poder. Nadie mandaba y todo se decidía por consenso; la revolución no era personal ni había candidaturas” (p. 97). Es una más que elocuente síntesis de las vivencias de esos tiempos.

Ruiz Moreno observa que el ambiente de junio de 1955 era de una "violencia apenas contenida" (p. 124) y en él la procesión de Corpus del 9 de junio fue "la mayor concentración popular adversa al Gobierno" (p. 125). Varias importantes páginas del libro relatan —y nos recuerdan— la desconcentración, los desmanes y la "controvertida" quema de la bandera.

El análisis de los hechos de junio, el empecinamiento, la escasa coordinación y el "mal tiempo", incluyendo el bombardeo de la Casa de Gobierno y la plaza aledaña, son puntos claves de un relato que el autor califica como "el descabellado intento por ultimar a Perón es reflejo del profundo odio existente en la sociedad argentina en aquellos años" (p. 294).

Igualmente destaca el papel de Méndez San Martín y Apold —entre otros— en el conflicto con la Iglesia, al que dedica buena cantidad de páginas. Notamos la omisión del interesante libro-testimonio de Florencio Arnaudo.

De no menor interés es el relato de la escasamente analizada quema de las iglesias, que describe literariamente así: "El resplandor de la gran hoguera provocada por los templos ardiendo se reflejaba en las nubes bajas, enrojeciendo el cielo. No es una imagen literaria: así lo contemplamos y recordamos miles de porteños. La llovizna acentuaba la tristeza" (p. 314). Un punto importante de su documentación es el relato "escalofriante y objetivo" del informe del comisario de turno Rafael Pugliese. Aquí nos viene a la memoria la importante y casi inubicable publicación *El llanto entre las ruinas*, que acompañaba meses más tarde nuestra acongojada visita a las iglesias destruídas. Se trata de un documento ilustrado altamente elocuente.

Con esa capacidad para retratar el clima de la época que caracteriza las vivencias del autor, afirma: "Estupefacción y horror fueron los sentimientos dominantes en el ánimo de los habitantes de Buenos Aires primero, y de todo el país luego, cuando el viernes 17 de junio pudo aquilatarse la enormidad de los sucesos acaecidos durante la jornada anterior" (p. 321).

La pregunta obligada que despierta nuestra formación de historiadores, agregada a las vivencias personales —que no son las mismas del autor, por razones de edad y formación—, consiste en preguntarnos qué opinaba la "otra mitad", en medio de este enrarecido clima político.

Pasando a los preparativos de septiembre sobresalen en la narración del autor la figura del almirante "tapado" (el único, Rojas) y el papel fundamental que le cupo a marinos como Rial, Palma y Sánchez Sañudo, convertidos luego en defensores acérrimos del "espíritu liberal" (la línea Mayo-Caseros) de la Revolución. En su reivindicación del papel de la Marina, Ruiz Moreno resalta la decisión golpista de la Armada (sin Infantería ni Aviación Naval) aunque sea sola.

Por otro lado reaparece en un papel protagónico Aramburu —junto a Señorans y el mayor Guevara—, que conspiran desde la sede misma del Estado Mayor General del Ejército. El autor reconstruye los temores y secretos de los conspiradores en un clima de delación generalizado. El propio Guevara aclaraba luego que “una conspiración como “esta era de una gran complejidad, porque nunca se sabe con quién se cuenta y dónde buscar los propios elementos, y cuál es el enemigo. Elaborar planes es muy difícil: lo que uno puede hacer es preparar el detonante y luego ir improvisando”; y añade: “No se elaboró un plan de operaciones hasta último momento porque no se podía hacerlo si no se sabía con qué se contaba. En ese tiempo no se trataba ya de convencer a la gente, sino de buscar a los convencidos” (p. 371).

Un punto clave en el análisis de los preparativos fue el intento de Ossorio Arana para obtener un entendimiento con el general Lonardi, quien se puso a disposición de Aramburu (con quien había tenido cuestiones personales pendientes) y la curiosa reacción de éste (“Yo no conspiro ni conspiraré”—cit. p. 388). Lamentablemente el libro no resuelve los porqués.

Luego Ruiz Moreno explica cómo el ataque a la Iglesia permitió el apoyo de los nacionalistas, dando por supuesto que éstos se agregaron con posterioridad a los preparativos golpistas de Aramburu y Rojas. Sin perjuicio de ello acepta que la delación de Zambianchi (p. 422 ss) motivó que Aramburu “se achicara” y Lonardi “tomó la posta” con la justificación que “es la última oportunidad. Las milicias obreras pronto estarán listas. La oficialidad ya marcada será mandada a retiro, dada de baja. ¿Hasta cuando?” (cit. p. 434). El primer volumen concluye con las reflexiones solitarias del general a su hijo: “Me dijo que había decidido llevar a cabo la revolución con los efectivos con que contaba en Córdoba, ya que estaba seguro de que la creación de un foco subversivo que durase más de 48 horas significaba el triunfo del movimiento. En su concepto, las fuerzas que se suponían adictas al Gobierno no iban a defender un régimen inconcebible” (p. 436). Y no se equivocó... aunque Aramburu estuviera lejos y Rojas esperara “de incógnito” que un general iniciara las acciones.

El segundo tomo se refiere concretamente a una cuidadosa crónica de los acontecimientos de septiembre (la Revolución Libertadora propiamente dicha), que nos permite ver la improvisación, la fe en la victoria, el importante papel del azar, la reiteración de las astutas maniobras de Perón y la evidencia absoluta que el Régimen estaba herido de muerte.

Aquí se rescata con objetividad —en boca del mayor Guevara— el papel clave de Lonardi —oscurecido por sus sucesores—. Este afirma: “Nos mantenía en cambio con el espíritu en alto la firme

voluntad del general Lonardi. En todos los días que con él allí pasamos no hubo un minuto en que desfalleciera, y su carácter firme, pero a la vez bondadoso y paternal, fue un bálsamo permanente para los que estuvimos junto a él" (v. II, p. 259). Es una imagen distinta a la que nos vendió la historiografía inmediatamente subsiguiente, para justificar su destitución.

Ruiz Moreno describe cómo Perón reaccionó con un abatimiento similar al que hoy conocemos adoptó el célebre 17 de octubre. "Guardó una conducta reticente durante todo el fin de semana en que los violentos choques armados tenían lugar en distintos puntos del país. Partidarios y opositores se extrañaron de su pasividad, mientras las batallas que decidirían el futuro de la Nación y el suyo propio se liberaban encarnizadamente por tierra, aire y agua. Ninguna alocución fue pronunciada por el Presidente Perón por la radio, como todos esperaban. Quien usara de la palabra hasta varias veces por día ante distintos auditorios, ahora mantenía un silencio enigmático. Tampoco Perón intervenía para orientar la represión a los militares revolucionarios; su delegación de las operaciones en el Ministro Lucero era completa. Esta postura sorprendía y disgustaba a sus adictos" (v. II, p. 293).

El autor destaca que cuando Perón sorpresivamente resolvió negociar, la multitud se lanzó a las calles. El general oficialista Sosa Molina—al mando de la represión en Córdoba— declaró más tarde: "Al mediodía se me cae el mundo abajo: con la batalla casi ganada me informan mis comandantes que habían escuchado por radio la orden de cesar el fuego... No lo podía creer. Teníamos todo en nuestras manos y había que detenerse en las posiciones ganadas. Luego escuché yo también por radio el texto de la renuncia de Perón, y también la de Lucero" (p. 315). En este aspecto el autor tampoco aporta muchas novedades y estimamos que todavía quedan bastantes interrogantes para investigar.

Coincidimos con el autor en que los intentos posteriores de Perón de retomar el control ante lo que pareció haber sido una maniobra no pudo revertir el efecto en los mandos, que habían perdido el ánimo de combatir. Una vez más había triunfado el genio de von Clausewitz: había ganado la voluntad y no la fuerza.

De allí en más resaltan la actitud de la Junta de Gobierno, la intervención armada del general Imaz, el embarque de Perón en la cañonera y los intentos de la Marina por evitar su huida, que tan sólo parecen anécdotas. La revolución ya había triunfado. Ahora comenzaría la lucha entre los ganadores, pero esa es otra historia que está fuera de los límites que se impuso Ruiz Moreno para este trabajo.

Terminada la lectura de los amenos e interesantes relatos de ambos volúmenes, como historiador nos queda la obligación de señalar

el lamentable y discutido epílogo —en cuatro hojas— sobre cuáles fueron el pensamiento y la conducta posteriores del general Juan Perón, que por su “ideologización” —que coincide con el estilo del prólogo— desdibujan la seriedad del trabajo de investigación de los acontecimientos, y estimamos que sería un aporte altamente positivo eliminarlos en la próxima edición de una obra que aspira —con fundamentos— a ser científica.

A diferencia de otros autores —como P. S. Martínez, F. Luna, R. Potash o Page— pareciera que para Ruiz Moreno Perón no hizo casi nada bueno, y si lo hizo... siempre fue con segunda intención, (por ejemplo, con los beneficios sociales sólo generó resentimientos y lucha de clases “hacia el patriciado argentino” [sic] p. 24) y Eva “incitaba a los trabajadores a no olvidar una situación supuestamente degradante” [sic]. Obviamente al menos un 70% de los contemporáneos tenían una percepción distinta de la temática social. A su vez, acusar a Perón de “nacional-socialista” no parece adecuado. También nos parecen discutibles o desacertados los juicios de “actitud tolerante” para el Cardenal Copello o que “La Nación no se expropia ni se la compra, porque La Nación se entrega” (p. 31).

El autor se resguarda en el prólogo cuando aclara que buscó las opiniones y recuerdos de quienes colaboraron en las tareas con Perón “siempre que estuvo a su alcance”. Pero de la lectura parece que no lo estuvo mucho o se las negaron. Las opiniones de peronistas son más bien críticas o meramente técnicas. Y agrega: “He procurado escribir una obra histórica, no un panfleto político. Si alguien observa una toma de posición empero, pese al cuidado puesto en el respeto por las actitudes personales de los personajes, que comprenda que no puedo permanecer neutro, indiferente, cuando trato hechos de mi Patria ¿y de Perón? que viví como estudiante” (p. 9).

Ruiz Moreno no duda en concluir que “el respaldo popular fortalecería la negación de los principios políticos nacidos en 1810 y consolidados en 1853” (p. 37). Consideramos que es una tesis peligrosa en un historiador, ya que así la revolución no se hizo —como estábamos convencidos— en defensa de valores trascendentes, sino en defensa de “indefinidos e imprecisos” principios políticos (todavía se discute si neo-tomistas o iluministas, que ni la Curia romana de la época tuvo claros al no aceptar originariamente la independencia). Asimismo, nos parecen inapropiadas —y fundamentalmente anacrónicas— las comparaciones de Perón con Rosas, como lo son todas las que se realicen entre personas pertenecientes a épocas distintas.

De la lectura de su obra surge que Ruiz Moreno tiene claras simpatías por el ala liberal —“gorila”— de Aramburu, Rojas y los vencedores de noviembre de 1955 (la Libertadora de “vencedores y vencidos”). Más allá de coincidir o no con su contenido, baste leer el

aspecto apologético del último párrafo en frase del almirante Rojas: "La Revolución Libertadora sucedió una sola vez, pero se hizo para siempre". Nos parece que estos juicios taxativos —y discutibles— no forman parte del papel que le cabe a un historiador.

Finalmente, comparativamente, nos parece poco analizado el papel que le cupo a los civiles en los preparativos y realización de la Revolución. Buenas ilustraciones y una lamentable ausencia de un apéndice de documentos completan nuestra opinión sobre una obra que merece ser leída como crónica de una época discutida —pero significativa— de nuestra historia reciente.

FLORENCIO HUBEÑÁK